

EL ODRE VIEJO DESECHADO¹

El trasfondo histórico

Hemos estado tratando acerca del vino nuevo que el Señor nos trajo consigo, a fin de llenar el odre nuevo que ha ido preparando a través de los siglos con gente tomadas de todas las etnias de la tierra. Hoy nos ocuparemos de cómo fue que el Señor desechó el odre viejo que no quiso recibirlo a Él, por no soportarlo. Recordemos que este asunto del vino y del odre es tratado por el Señor en los tres evangelio sinópticos, vemos esa crítica que le hacen los fariseos al Señor, reprochándole que sus discípulos no ayunaban como los de ellos; y Él, entre otras cosas, sabiendo del peso de añadiduras a la ley de sus opositores, les responde aclarándoles que no se puede echar vino nuevo en odre viejo, porque el odre viejo no soporta (subrayamos esa palabra) al vino nuevo.

Ese gran odre viejo tenía su centro religioso en torno al templo de Jerusalén, manejado por el Sanedrín judío. Pero, ¿cuál había sido la respuesta de ellos al requerimiento de Dios? Ahí tenemos el testimonio de los profetas enviados a Israel y a Judá, hasta la aparición de Jeremías. Resumiendo se podría plantear la siguiente pregunta: ¿de qué le sirve al Señor aquel templo de Jerusalén y la multitud de sus sacrificios, si el corazón de ese pueblo no era de Dios? El corazón de ellos se había apartado de Dios en pos de la idolatría, de la injusticia, del cohecho, de la inmoralidad; de manera que es como si el Señor les hubiera dicho: ¿De qué les sirve a ustedes tener ese hermoso templo, construido con tantas riquezas, si ustedes me ofrecen sacrificios vacíos con manos untadas de sangre, sacrificios malolientes para mí? De manera que Dios permitió que una potencia extranjera los invadiera, los sitiara, les destruyera el templo (Nabucodonosor en 586 a. C.), destruyera la ciudad, acabase con la nación, matando a la mayoría del pueblo, y llevándose cautivos a Babilonia una buena

cantidad de lo mejor de la sociedad judía, incluido el rey, para que en Babilonia pudiesen saborear a sus anchas lo que es la idolatría, en la cuna misma del satanismo y de la hechicería.

Los llevó, pues, deportados a Babilonia, a ser siervos de sus cautivadores, a fin de que supieran y pudieran comprobar en carne propia el amor tan grande que Dios les tenía. Y cuando ya se cumplieron los setenta años de cautiverio predichos por el profeta Jeremías, regresó el remanente en tiempos de Zorobabel, y al comenzar la reconstrucción del templo, hubo ataques por parte de los samaritanos y sobrevinieron otros inconvenientes, y ellos se desanimaron y hasta suspendieron los trabajos. Entonces el Señor les envió dos profetas, a Zacarías y Hageo, a fin de que los animaran y les dieran palabra de Dios, para que ellos reanudaran los trabajos en el templo. Eran tiempos muy difíciles.

La gloria postrera mayor que la primera

Pero miren lo que dice Hageo respecto de ese segundo templo que ellos estaban reconstruyendo en Jerusalén a su regreso de Babilonia. Dice Hageo 2:9: “La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos”. Recuerden que la primera casa de Dios fue construida por el rey Salomón, y en ella la gloria de Dios fue manifestada tan poderosamente, que incluso los sacerdotes tuvieron que salirse del templo, porque no podían aguantar aquel poder glorioso de la presencia de Dios; y sin embargo, Hageo dice que la gloria postrera, la de la última casa, de aquel templo que ellos estaban construyendo a su regreso, sería superior a la de la primera. Luego sigue: “y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos”.

¿A qué gloria se refería el profeta? Si después que ellos reconstruyeron el templo, y con el tiempo Herodes el Grande lo decoró y le metió toneladas de oro, ¿creen ustedes que sería ese oro de Herodes lo que glorificaría al nuevo templo de Jerusalén? Tengamos en cuenta que en ese templo restaurado jamás se dio una manifestación de Dios como sí la hubo en tiempos de Salomón. Entonces, ¿cuál fue esa gloria postrera? Pues lo dice Hageo en el versículo 7: “Y haré

¹Enseñanza en reunión de la obra en la localidad de Teusaquillo, Bogotá D.C., el 27 de marzo de 2009.

temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos”. Vemos que esa más grande gloria de la última casa se debe a que el Deseado, el Señor Jesucristo, entró en ella en los días de su ministerio terrenal. Esa es la verdadera gloria; y ellos no se enteraron de la presencia de esa gloria maravillosa.

Los judíos rechazaron al Señor; le persiguieron, le escupieron, le llamaron demonio; peyorativamente lo tildaron de samaritano; lo rechazaron; e intrigaban para ver cómo lo mataban. Estas cosas son registradas en muchas partes de los Evangelios. Un ejemplo lo tenemos en el capítulo 8 del evangelio de Juan. ⁴⁷“El que es de Dios, las palabras de Dios oye”. Si ellos hubieran sido de Dios, habrían escuchado al que trajo la Palabra de Dios. Él es la Palabra de Dios, el Verbo de Dios encarnado. Él mismo les estaba hablando, y ellos no le entendieron, no le quisieron escuchar. Dice: ⁴⁷“El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios (se los dijo con toda claridad). ⁴⁸Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros (o sea que ellos en sus corrillos privados vivían rajando del Señor), que tú eres samaritano, y que tienes demonio? ⁴⁹Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis”. ¡Qué tristeza ese cuadro!

Sabemos que has venido de Dios

Las dos principales sectas del judaísmo oficial en tiempos de Jesús eran los fariseos y los saduceos; y los saduceos eran los más celosos de que se cumpliera con la ley y con los requisitos de su religión; claro que entre las dos sectas había diferencias sobre todo de tipo doctrinal, como por ejemplo, los fariseos creían en la resurrección de los muertos, mientras que los saduceos no; pero acá lo importante es que ambas corrientes sabían, o eran conscientes de lo que estaban haciendo frente al Señor Jesús.

Tenemos el caso de Nicodemo. Podríamos tomar el caso de Nicodemo como especie de ventana por donde podemos entrever la

situación de los dirigentes religiosos de Israel de ese momento. ¿Qué le dijo Nicodemo al Señor? Nicodemo era miembro del Sanedrín, el consejo supremo de los judíos; Nicodemo era un principal (un príncipe) entre los judíos; era además un maestro de Israel, un doctor de la ley, y fariseo, como lo declara el versículo 1 del capítulo 3 de Juan; y también porque el Señor mismo se lo declara: ¹“Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?”. pero, ¿qué le dijo Nicodemo al Señor en esa visita nocturna? Miremos. ²“Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos...”. Ese sabemos nos da a entender que no era él solo, Nicodemo, el que lo sabía, sino que habría un grupo en el Sanedrín que sabía que el Señor Jesús era un varón enviado por Dios a su pueblo.

Eso es importante aclararlo, pues a uno puede que se le dé por pensar que entre esa gente nadie supo nunca nada; que todo en torno al Señor Jesús pasó desapercibido. Eso es fácil pensarlo y creerlo. Pero en Juan 3:2 vemos una luz aclaratoria: ²“Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí (maestro), sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”. Entonces muchos de ellos sabían que el único que podía hacer esas señales sobrenaturales que veían hacer por Jesús, era Dios. De manera que ellos eran conscientes de una realidad irrefutable.

Otro caso lo encontramos en el capítulo 11 del evangelio de Juan. Eso ocurrió después de que ellos fueron testigos, o sus espías, de que el Señor resucitó a Lázaro, su amigo de Betania, e inmediatamente todo el Sanedrín lo supo. Leamos desde el versículo 45: ⁴⁵“Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él. ⁴⁶Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho. ⁴⁷Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio (el Sanedrín), y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Ellos no dijeron: Acaba de resucitar un muerto; Él es Dios; vamos a buscarle y a creer en Él, no. Sino que dijeron: ¿Qué haremos para sacudirnos de Él?”

⁴⁸Si le dejamos así, todos creerán en él (como diciendo: menos nosotros. ¿Sí ven cómo el odre viejo no recibe ni soporta al vino nuevo de Dios en Cristo? No puede); y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Ellos pensaban: Si todo el pueblo cree en este hombre, pronto va a ser rey. A ellos les interesaba más su templo y su nación, su estabilidad política y religiosa que creerle a Dios, y creerle al que Dios había enviado. Y precisamente, por rechazar al Señor Jesús, sucedió lo que ellos temían.

⁴⁹Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada (aquí Caifás se convirtió en profeta); ⁵⁰ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. ⁵¹Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; ⁵²y no solamente por la nación, sino también para congregarse en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. ⁵³Así que, desde aquel día acordaron matarle”.

Lamento de Jesús sobre Jerusalén

Desafortunadamente ellos no creyeron en el Señor; y al no creer, al rechazarlo, ya no quedó más nada que hacer. Jesús vio toda su amada nación completamente perdida. Todo lo que Dios había construido en el Antiguo Testamento, desde Moisés hasta Malaquías, todo ese acervo de revelación se había perdido para una nación ciega. Cuántas veces Dios había mandado a sus siervos los profetas, y no fueron bien recibidos, los habían perseguido, los habían apedreado, los habían encarcelado, los habían matado; por último Dios envió a su propio Hijo, y también hicieron con Él lo mismo. Y el Señor Jesús veía que se acercaba el momento, y su nación se perdía, se le salía de las manos; y empezó a sufrir, porque Él amaba a Jerusalén, la ciudad del gran Rey.

Entonces, ¿qué sucede? Que el Señor no quería que su nación pereciera. Leámoslo en Lucas 19:41.44: ⁴¹“Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, ⁴² diciendo: ¡Oh, si también tú

conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! (Sin embargo, el nombre de la ciudad, Jerusalén, lo dice: la ciudad de la paz) Mas ahora está encubierto de tus ojos (para el que no quiere creer, hay un velo que cada día se va haciendo más oscuro). ⁴³Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado (eso fue lo que hicieron los romanos; a Jerusalén la rodeaba un gran bosque, y los romanos cortaron todos aquellos árboles e hicieron con ellos unas gigantescas estacas con una gran púa hacia arriba, e hicieron un enorme y fuerte vallado, y rodearon la ciudad), y te sitiaron, y por todas partes te estrecharán, ⁴⁴y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación”.

Cuántas personas no conocen el tiempo de la visitación de Dios. “Si tú supieras...” Para Dios, Jerusalén siempre ha sido una ciudad especial. ¿Recuerdan lo que dice el Salmo 48 refiriéndose a Jerusalén? ¹“Grande es Jehová, y digno de ser en gran manera alabado en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo. ²Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, es el monte de Sion, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey. ³En sus palacios Dios es conocido por refugio” (Salmo 48:1-3). ¿Cómo no le iba a doler? Dios tiene sentimientos; Dios es amor, Dios aborrece el pecado, y también se pone triste.

Por ejemplo, en el evangelio de Mateo encontramos un lamento del Señor sobre Jerusalén. ³⁴“Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; ³⁵para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar. ³⁶De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación. ³⁷¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! ³⁸He aquí vuestra casa os es dejada desierta. ³⁹Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor” (Mt. 23:34-39).

Israel rechaza a Jesús

Entonces, cuando ya se acerca la hora, y viendo que Jesús era un peligro para la supervivencia de su religión y de su posición dentro de ella, para sus negocios religiosos, para su estabilidad política y nacional, los dirigentes religiosos de Israel deciden prender al Señor para quitárselo de encima; y cuando tienen de su lado el momento coyuntural, lo prenden y se lo llevan a Pilato, el procurador romano en Judea. Pilato sopesa aquella situación, y lucha con ellos, porque él veía que a todas luces se estaba cometiendo una injusticia; pero Pilato se mostró cobarde porque pensaba que los judíos lo podrían acusar ante Roma de deslealtad y traición. Téngase en cuenta que Pilato fue enviado por el emperador Tiberio; o mejor, por la influencia de su astuto y perverso amigo Sejano, el prefecto o comandante general de la guardia pretoriana imperial. Sejano era muy amigo de Pilato, y por su poderosa influencia ante Tiberio, fue enviado como procurador a Judea; pero cuando Sejano cayó en desgracia, y lo asesinaron arrastrando su cadáver por las calles de Roma, Pilato, como consecuencia, cayó también en desgracia, y Tiberio le suspendió en su cargo de procurador, y fue desterrado a Vienna (hoy Vienne), en el sur de Francia, donde es probable que él mismo se haya quitado la vida, según fuentes históricas.

Pero el caso es que, al examinar a Jesús, Pilato les dijo a los dirigentes religiosos de Israel que él hallaba a Jesús inocente. Sus palabras registradas en la Biblia, fueron: “⁴Entonces Pilato salió otra vez, y les dijo: Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él” (Juan 19:4). ¿Cuál fue la respuesta de ellos? “⁶Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo delito en él”.

En el evangelio de Mateo encontramos una expresión condenatoria muy grave pronunciada por ellos mismos. “²⁴Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros. ²⁵Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Su

sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos” (Mt. 27:24-25). Ellos mismos se maldijeron, acarreado sobre sí esa terribles consecuencias. El Señor no dijo nada de eso. Él más bien profetizó lo que vendría, pero lloraba por ellos, por su nación, por su amada Jerusalén.

El Señor Jesús fue crucificado en tiempos del emperador Tiberio, quien gobernó al Imperio Romano desde el año 14 hasta el 37 de nuestra era. Como les decía, en tiempos de Tiberio fue enviado Poncio Pilato a Judea como procurador, y estuvo allí desde el año 24 al 36. Pero, como nada sucede sin la voluntad del Señor, Él permitió que enviaran no a una persona justa, sino a un individuo muy duro, demasiado inflexible, que no tenía consideración con persona alguna, y en su procuraduría hubo demasiada corrupción política y de tipo económico, robos, violencias, abusos, ofensas, brutalidad, condenas sin el debido proceso. Desde el comienzo, Pilato, con el propósito de enardecer a los judíos, enviaba tropas de Cesarea a Jerusalén ostentando premeditadamente estandartes con la efigie del emperador, quien en mayor o menor grado, se pretendía con orígenes divinos. Se sabe que los judíos han detestado todo lo que huele a idolatría; le tenían horror a las imágenes, y a toda idea de la deificación de la figura humana.

Y como los judíos declararon a Pilato que la sangre del Señor cayera sobre ellos y sobre sus hijos, entonces el Señor permitió que las cosas se les fuera complicando, y se fueran convirtiendo progresivamente en acontecimientos más brutales para ellos. Por ello, entre los años 37 al 41 es entronizado Calígula en el gobierno imperial, también de la dinastía Julia. Julia es la dinastía que arranca con Julio César, luego Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Calígula era un verdadero demente que llega al trono imperial romano, y se caracterizó por haber establecido la adoración obligatoria al emperador en todo el territorio del Imperio; y eso, claro, constituyó un eslabón más para enardecer la rebelión judía contra el Imperio. Es conocido que Calígula nombró cónsul a su caballo; e incluso sobre el lago de Nápoles hizo echar un puente de cinco kilómetros de barcos para pasar él con su caballo.

Pero lo importante en esta enseñanza es que él le apretó el cinturón a los judíos al quererlos obligar a que lo adoraran. Él se identificó como Dios y ordenó que su estatua se introdujera en todos los lugares de culto, incluido el Templo de Jerusalén. Todo eso iba haciéndole más difícil la existencia a los judíos como nación, pues ellos no podían admitir este sometimiento idolátrico y cruel; además, ellos se creían con fuerza suficientes como para sacudirse del yugo romano; además de la seguridad que decían tener con el Templo, también tenían guerrilleros experimentados como los zelotes, los esenios, los sicarios; y cada vez que ellos se levantaban y se enardecían con mayor coraje, peor les iba, porque el enemigo romano más se hacía sentir como el más sanguinario de todos los imperios de la historia.

Al morir Calígula, le sucedió en el trono imperial Claudio, sobrino del emperador Tiberio, quien gobernó del año 41 al 54. La Biblia menciona a Claudio porque durante su mandato hubo una gran hambre en toda la tierra (cfr. Hechos 11:28), y porque él ordenó que todos los judíos saliesen de Roma (cfr. Hechos 18:2) porque “constantemente estaban alborotando a la instigación de Cresto”.² Claudio era una persona enclenque y enfermiza; además era tartamudo. ¿Por qué permitió Dios que este hombre ocupara el trono imperial en esta hora coyuntural para Israel? Debe haber sido por una razón muy importante, pues Dios no hace las cosas por hacerlas. Claudio envió a Judea un procurador de nombre Antonio Félix, quien estuvo al frente de ese cargo desde el año 52 hasta el 59, en tiempos en que estaba el apóstol Pablo preso en Cesarea (cfr. Hechos 23 y 24), y se caracterizó por ser más cruel aun que Pilato, y demasiado codicioso.

Al morir Claudio, envenenado por Agripina, su propia esposa, en el año 54, le sucedió en el poder Nerón, el último emperador de la dinastía Julia, quien gobernó hasta el año 68. El Señor fue crucificado al comenzar la primavera del año 30; de manera que vamos observando que los acontecimientos se iban desarrollando in crescendo, y nos vamos acercando al gran final del Israel de ese tiempo; y vemos

²Así dice parte del edicto imperial del año 49 o 50. Cresto se refiere a Cristo.

acercarse la destrucción de lo que Anás y Caifás tanto defendían. Por esa causa vamos anotando a grosso modo acerca de los gobernantes más significativos de ese período, con sus datos cronológicos.

En tiempos del emperador Nerón, fueron martirizados incontables cristianos, entre ellos los apóstoles Pedro y Pablo. Nerón envió a Judea a Porcio Festo, un procurador más cruel que todos los anteriores, quien se desempeñó desde el año 59 hasta el 61. Sucedió a Félix durante el tiempo de prisión de Pablo en Cesarea (cfr. Hechos 24:27y ss.). Después de él vinieron a Judea como procuradores: Luccecio Albino (61-64), y Cessio Floro (64-66), también enviados por Nerón. Floro fue el último procurador romano en tierras de Israel; y su estadía entre los judíos fue algo desastroso, porque él tenía el firme propósito de que el pueblo judío rindiera adoración al emperador. Floro oprime a los judíos de tal manera que los obliga a tomar las armas.

No quedará piedra sobre piedra

El año 66 es, pues, una fecha clave, porque empieza en firme la guerra judía contra el Imperio Romano, la cual culmina en el año 70 con la destrucción de Jerusalén. Entonces vamos a entrarnos un poco en el desarrollo de esta gesta.

En primer lugar, digamos que la destrucción de Jerusalén y del templo fue profetizada por el Señor Jesús. Véamoslo en Mateo 24:1-2: “‘Cuando Jesús salió del templo y se iba, se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo”. Tal vez se querían agrandar con Él, y de pronto escuchar cómo le parecía aquel templo que Dios había mandado construir, y a lo mejor querían escuchar qué decía el Señor de cómo los hombres habían adornado aquel hermoso templo. Tantas toneladas de oro. Querían saber cómo le parecía a Jesús todo eso. A lo mejor deseaban que el Señor les dijera: Estoy satisfecho; y que, bueno, los judíos habían sido un poco pillos, que se habían portado un poco mal, pero ese bello templo los reivindicaba; de todas maneras este templo está muy hermoso. Vale la pena conservarlo. Pero no, Él no les dijo eso. Miremos la reacción del Señor. “²Respondiendo él, les dijo: ¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra

sobre piedra, que no sea derribada”.

Luego el Señor subió al monte de los Olivos para contemplar desde allá todo eso que habría de ser destruido; y estando Él mirando, de pronto, esa panorámica de Jerusalén, se le acercaron sus discípulos para que les explicara las palabras que les acababa de decir allá en el templo.

Hay algo importante en medio de todo esto, y es que el Señor les advirtió a sus discípulos de la tragedia que se sobrevenía, y les dio una señal para que ellos se salvaran de ese momento trágico. Lo leemos en Lucas 21:20-24: “²⁰Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. ²¹Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en ella. ²²Porque estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. ²³Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! porque habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo. ²⁴Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan”. El Señor les puso en sobre aviso: Cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, huid inmediatamente; no se detengan para recoger nada. El Señor, que es tan misericordioso, tan precioso, les dio a la iglesia en Jerusalén y en toda la tierra de los judíos, la oportunidad que brevemente explicamos a continuación.

La autoridad suprema romana en toda la región era el gobernador de Siria. Para cuando comienza la guerra de los judíos contra los romanos, era gobernador en Siria Cestio Galo; él con un ejército de treinta mil hombres entró en Judea con el fin de sofocar la revuelta guerrillera, y antes de sitiar a Jerusalén incendió cuanta ciudad y villa encontró por el camino. Pero los zelotes, con Simón Bar.Ghiora y Eleazar ben Simón a la cabeza, hicieron dispersar a las tropas romanas. Él logró sitiar la ciudad de Jerusalén; y cuando ocurrió el sitio y empezó la mortandad, los hermanos de la iglesia de Jerusalén y de la región se acordaron de las Palabras del Señor, y al tener la

oportunidad, salieron de las ciudades, y a una huyeron a Petra, una ciudad incrustada entre las rocas dentro de la provincia de Perea, hoy territorio de Jordania. La iglesia, pues, fue librada al obedecer al Señor. Pero fue librada porque el Señor les había dado esa señal. Galo al huir había perdido unos seis mil soldados, pues los judíos le infligieron graves pérdidas. Esta incursión de tropas romanas la permitió el Señor con el fin de, por un lado como para que se cumpliera la señal para que la iglesia tuviera la oportunidad de salir antes de que llegara lo peor, y por otro lado, para envalentonar y endurecer más a los judíos.

Vespasiano emperador

Recordemos que el profeta Daniel ya lo había dicho; ya había profetizado la invasión romana para sitiar a Jerusalén después de la crucifixión del Señor Jesús. “Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones” (Dan. 9:26). Eso mismo se cumplió en el tiempo de la guerra de los judíos contra el Imperio Romano. El príncipe que llegó se llamó Vespasiano, un general romano enviado por el emperador Nerón. Nerón estuvo gobernando hasta el año 68, y Vespasiano fue enviado desde Roma al frente de poderosas legiones en el 66, a fin de que aplastara la rebelión de los judíos de una vez por todas. Este general llega a las tierras de Israel en la primavera del año 67.

Después de la muerte de Nerón, del 68 al 69 le suceden unos tres emperadores en Roma, Galba, Otón y Vítelio; a los dos primeros los asesinan, y Vítelio se mató él mismo, quedando así acéfala la corona imperial romana. Para esa fecha ya Vespasiano había sometido a muchas ciudades galileas; porque él no se fue directamente a Jerusalén, sino que se dirigió con sus tropas al norte, a Galilea, y empezó a someter ciudad por ciudad. Cuando ya toda la región estaba sometida, y despejado el ambiente hostil, y se iba acercando a Jerusalén, entonces los acontecimientos dieron un giro contundente.

En ese tiempo muchos generales romanos fueron proclamados emperadores por el ejército. Entonces las tropas acantonadas en Egipto, Palestina y Siria proclamaron a Vespasiano como el nuevo emperador; y él inmediatamente emprende el regreso a Roma, no sin antes dejar al frente de la campaña en contra de la rebelión judía a su propio hijo el general Tito. Este general fue el encargado entonces de seguir acercándose a Jerusalén, hasta que llegó y empezó el sitio de la ciudad.

El sitio de Jerusalén

En ese tiempo Jerusalén estaba muy bien protegida y rodeada por unas murallas inexpugnables, de manera que nadie podía entrar en la ciudad por la fuerza. Entonces los romanos procedieron a talar todos los árboles, y a erigir un fuerte vallado de madera; a la vez hicieron muchas cruces, cosa que judío que saliera de la ciudad era judío que crucificaban. Eso impidió la entrada de alimento a la ciudad. Sus habitantes, no midiendo la magnitud de la tragedia, habían pensado que con el alimento que habían previamente acumulado, se iban a sostener; pero resulta que mientras iban rodeando las tropas romanas a Jerusalén, dentro de la ciudad quedaron atrapadas facciones que se odiaban entre sí, y se gastaban el alimento; aun zelotes se mataban con idumeos que habían sido llamados para defender la ciudad.

Cuando al fin las tropas de asalto lograron entrar, usando máquinas de guerra como los arietes, y quemando las puertas de la ciudad, después de cinco meses de sitio; cuando entraron, tuvieron que caminar por las calles sobre montones de cadáveres. Se habían matado unos con otros, otros de habían muerto de hambre, otros de pestes. Había tanta hambre que a veces se atrevían a incursionar fuera de la ciudad, si es que lo lograban, para recoger hierbas para alimentarse; y lo más triste es que se daba el caso de que alguien se iba a meter a la boca un poquito de hierba para mitigar el hambre, y un hijo se lo rapaba para comérselo. Y las mujeres hervían a sus propios hijos y se los comían.

A los sumos sacerdotes los mataban. Por ejemplo, al sumo

sacerdote Ananías (47 - 58 d. C.), el mismo que ordenó que abofetearan al apóstol Pablo, al que Pablo le dijo: “¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada!” (Hechos 23:3), a él lo mataron los zelotes en el año 66 por ser amigo de los romanos. Entonces lo golpeó el Señor; y lo mataron en Jerusalén. De manera que en esa ciudad ocurría la desbandada más horrible; y las familias adineradas y de la más alta clase social de Israel, no escaparon de esta desgracia, y también tuvieron que llegar a alimentarse de la carne de sus propios hijos.

Cuando las tropas romanas comandadas por Tito lograron entrar, ya había una orden perentoria del mismo Vespasiano y de su hijo Tito, la cual se debía cumplir, de que no tocaran el templo. Pero cuando aquellas tropas penetraron y contemplaron que aquel templo estaba enchapado en oro, la avaricia humana pudo más; y no se sabe cómo, unos dicen que a propósito, otros dicen que pudo ser un accidente, pero la realidad es que un soldado lanzó una tea encendida, y como había mucha madera seca, forrada de oro, pero había mucha madera, incluso podía empezar el fuego por las puertas, y empezó a propagarse el fuego y a arrasarse aquella joya de templo; y el fuego prosperaba avanzando por el templo; y ellos no podían ya evitarlo; al contrario se mataban unos con otros en esa confusión, incluso caían soldados muertos allí en ese recinto.

Pero tuvieron que esperar que todo se enfriara; y como el oro se había derretido por el calor, se fue metiendo por los intersticios de las piedras. Ese templo había sido construido con unas enormes piedras rectangulares, labradas exclusivamente; de manera que el oro se fue incrustando entre piedra y piedra. Al enfriarse todo, ellos procedieron a arrancar el oro, pero como había oro entre las piedras, se vieron precisados a arrancar piedra por piedra, empezando por las superiores. Quitaban una piedra y sacaban el oro, quitaban la siguiente piedra y sacaban el oro, y así, de manera que no quedó ni una sola piedra en pie, cumpliéndose así la profecía del Señor Jesús. Si no hubiera sido por el fuego, ¿para qué se hubieran puesto a arrancar de su sitio todas esas piedras? Nadie se pone a demoler un edificio si no hay necesidad; pero la codicia los llevó a aquello, pues la codicia los impulsaba al saqueo y a llevarse todas esas toneladas de oro para Roma.

Un odre nuevo sustituye al viejo

Y de los que quedaron allí vivos, porque la matanza fue horrible, había ríos de sangre, los que quedaron fueron vendidos como esclavos en pública subasta, y un buen número fue llevado por Tito como trofeo a Roma. Allí se acabó la ciudad y el templo, y se acabó Israel; se acabó el centro de la religión judía, se acabó el odre viejo, y empezó a surgir el verdadero odre, la iglesia, la morada viva de Dios, la que ellos no podían ver ni admitir; y que nosotros la vemos, y que hoy estamos convertidos en ese templo, en esa morada, que no apreciamos en la magnitud en que debiéramos apreciar. Porque nosotros no tenemos un templo lleno de oro, sino que tenemos al mismo tesoro eterno dentro de nosotros; y no vamos a participar de una gloria de veinte años, ni de cincuenta ni de cien. Es la gloria eterna. Es un peso de gloria que ahora no podemos imaginar.

De manera que aquellas cosas fueron apenas la sombra de la verdad, el tipo del verdadero templo, del verdadero sacerdocio, de Dios morando en su verdadera casa. ¿De qué le sirve a Dios tener templos de oro, llenos de oro, si los que están allí no le conocen? Es mejor tener un templo vivo, pero que le conozcamos y sepamos que el que vive en nosotros es el Dador de la vida, el dador de la salvación.

Todo eso lo permitió el Señor; y de eso debemos tomar muchos ejemplos para nuestras vidas, para que la iglesia no vuelva a caer en lo que cayó el judaísmo, para que la iglesia cada día se renueve con la ayuda del Señor, con su gracia y su misericordia. Seamos nuevos todos los días. Digámosle al Señor cada día: Señor, llena tu odre; es tuyo, Tú lo compraste. Es una casa que te habla, que te adora, que te conciente. Tú eres el verdadero tesoro, Señor Jesús.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.